

PILAR NASARRE

La Tribu de los Locos



UNA HISTORIA DE AMOR
ENTRE BARCELONA Y MADRID



La Tribu de los Locos

Pilar Nasarre

La Tribu de los Locos

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: enero de 2024

© Pilar Nasarre, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-127456-5-8
Dep. Legal: M-35658-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Dos personas o Los solitarios* (1905), Edvard Munch

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La Tribu de los Locos

A mamá

Yo miraba a los ingleses remando con tanta decisión como los nuestros; observaba en sus semblantes las mismas señales de terror o de esperanza, y, sobre todo, la expresión propia del sentimiento de humanidad, que era el móvil de unos y otros. Con estos pensamientos, decía para mí: «¿Para qué son las guerras, Dios mío? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida como lo son en las de peligro? Esto que veo ¿no prueba que todos los hombres somos hermanos?... Yo estoy seguro de que esto no puede durar; apuesto doble contra sencillo a que dentro de poco los hombres de unas y otras islas se han de convencer de que hacen un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegará un día en que se abrazarán, conviniendo todos en no formar más que una sola familia.

BENITO PÉREZ GALDÓS, *TRAFALGAR*

UN ATAQUE DE PÁNICO. Se lo diagnosticó un médico joven en Urgencias. Su memoria almacena, además, un montón de datos anteriores que regresan de cualquier manera y en cualquier momento, sobre todo en forma de imágenes nocturnas que le impiden conciliar el sueño. La aguja en la vena, la sangre, la grafía de su corazón, su desnudez de órganos y huesos impresa en una placa. Todas las horas y minutos y segundos de un tiempo sin cabida para la reflexión: un presente brutal. Empezó con una opresión en el pecho que le obligó a pedir un taxi ante la imposibilidad de dirigirse por sus propios medios al hospital, donde siguió la entrega, la rendición. Le sometieron a distintas pruebas. Le palparon. Le hicieron orinar en un frasco. Le llevaron de aquí para allá en una silla de ruedas y le abandonaron, sucesivamente, en

una sala de espera rodeado de otros, solo. Una de las veces, en ese trasiego, se vio reflejado en una superficie acristalada. «*Ecce homo*», piensa Matías al acordarse. Pero para cuando entró en el despacho de aquel médico joven ya pudo hacerlo por su propio pie y con dignidad.

Un ataque de pánico. Lo piensa y se pone a respirar hondo, lento, para apaciguar a la fiera que amenaza con despertar, otra vez, entre sus costillas, quizá en el corazón; aunque la guarida, según la opinión de ese médico inexperto, está localizada en su mente. Le dijo que podía volver si se encontraba mal y, al mismo tiempo, le aconsejó visitar a un psiquiatra. La prueba que argumentó cuando Matías, respetuosamente, le replicó que el dolor que había sentido no era moral sino físico, fue que todos los síntomas, por muy tremendos que los hubiera notado, habían remitido al administrársele un tranquilizante, el mismo cuyo nombre anotó en la receta que le extendió, además de la posología: tres al día.

Sí, lo recuerda. Le pusieron una cápsula en la boca y le dieron agua en un vaso de plástico muy pequeño, como si fuera un niño, para que la tragara. Y sí, pasó ese rato y se le olvidaron el dolor en el pecho, la falta de aire y el vasito, que volcó sobre la bragueta de su pantalón. Un «*ecce homo*» meado. La sequedad iba por dentro: le había ocupado las fosas nasales, obturándolas, y la boca, amarga y rugosa también por los restos y el efecto del fármaco, y se extendía garganta

abajo. Precisamente esa sequedad, que le dificultaba el habla, fue lo que le impidió seguir conversando con el médico. Y el hecho de no sentir ya dolor alguno, solo ausencia y atontamiento. Y, sobre todo, la pena que creyó leer en los ojos del joven profesional, más aún, una molestia cercana al asco. Le miraba, así lo imagina ahora, como a un hombre que pasa de sobra el medio siglo, de músculos blandos, demacrado, con porquería en las comisuras de los labios y meado.

Humillado. Cuántas veces había dicho a lo largo de su vida: «¡Qué vergüenza!». A Matías no le pasaba inadvertido cualquier fallo en la corrección, la decencia, la ética y hasta la estética. Por tantas menudencias y tantas veces había sentido herida su dignidad y proclamado su vergüenza, que ahora que es suya de verdad, y no ajena, le resulta insoportable. Otra vez se pone a respirar hondo, lento. La idea de que se está desmoronando le lleva, con una determinación que dura justo mientras realiza la acción, a tomarse el tranquilizante que le recetó el médico. Hace una semana. No le ha obedecido del todo; de hecho, procura que la dosis sea de dos cápsulas al día, una por la noche, para dormir, y la otra al mediodía. Pero hoy serán las tres prescritas. Son las seis de la tarde.

El tiempo: Matías supone que está en la raíz de su dolencia. La fecha de caducidad de las cosas y la propia. El acabamiento. La nada, que, curiosamente, es donde espera

parapetarse cuando el fármaco surta efecto, para eso lo ha tomado. Sospecha, también por eso, que ese tiempo que le hace sufrir es ajeno a cualquier idea de la filosofía o de la física. No, el suyo permanece y es del todo doméstico.

Matías no mira la hora, sino el reloj, colgado en la pared desde que su memoria alcanza y al que hace años que su madre no da cuerda. Es una caja rectangular con junturas de madera y cristal que tiene algo de altar o de ataúd. El péndulo dorado y quieto contribuye a ello. Si se lo propusiera, aun con la sonería estropeada o silenciada, podría oír las campanadas en la textura del silencio y de la tarde.

Colgado también de la pared, al otro extremo y ocupando un espacio y tiempo similar al del reloj, está el retrato al óleo de su padre. Murió cuando él era un crío, por lo que la imagen del cuadro, ese hombre con barbas y aire aristocrático, es una única y definitiva presencia, de un acabado que solo la muerte puede consumir. No podría, ni aunque lo intentara, oír su voz ni escucharle caminando por la casa ni evocar nada vivo de su progenitor. El sillón, orejero y de piel, en el que Matías espera quedarse amodorrado, le pertenecía. De hecho, su madre sigue llamando a esta dependencia «el despacho de tu padre», y él no modificó nada, únicamente añadió una librería y un ordenador cuando resolvió vivir de un modo continuo en su casa familiar, al obtener el traslado a Madrid y tras quince años de idas y venidas con prolonga-

das ausencias empleadas en especializarse y en diversos encargos profesionales como documentalista.

Archivero. Lo es por inclinación natural. Ordenar. Clasificar lo que documenta o proporciona información de las cosas. Guardar, sobre todo. Fechar. El tiempo como método, indoloro. Cuando era joven, Matías creyó alguna vez que en su trabajo se luchaba contra el olvido. Pero ya sabe, en lo que a él respecta, que no es así. El de los archivos, y esto es lo que más le atrae de su profesión, es un mundo en silencio, de papel.

Pero ni el trabajo ahuyenta su desasosiego. Por eso hoy ha vuelto antes a casa. Ahora, para acelerar la acción del ansiolítico, Matías trata de mantener en la mente una imagen de equilibrio y de calma: la ondulación del mar. Enseguida es sustituida, a la vez que le parece notar un temblor de tierra, por la idea de una falla tectónica en el subsuelo. Presiente un derrumbe. Al fin, se serena y adormece mirando al hombre del retrato, su padre, sin cambios.

La tía Reme, que empezó siendo la asistente Remedios, despierta a Matías golpeando con los nudillos en la puerta. «La cena», grita, yéndose por el pasillo. También empezó siendo muda, o reacia a hablar, tal y como la definió su madre cuando hace más de treinta años entró a su servicio. Fue esta quien, desde que padece alzhéimer, la convirtió en su hermana Reme. Tal subida de categoría, sin volverla locuaz, rompió el silencio

de Remedios. Desde entonces suelta palabras, frases rotundas y alguna vez hirientes. No admiten respuesta ni lo pretenden, son desahogos, dardos contra el mundo. A Matías le desagrade por lo que tiene de vieja adusta y enjuta, de aparición enlutada, de susto. Pero le agradece íntimamente los cuidados que dispensa a su madre y cómo le oculta cualquier anomalía o la reajusta y la convierte en rutina. A veces, si coinciden los tres, él mismo la llama tía o Reme.

La casa, más intensamente la planta baja que habitan las dos mujeres, huele a ropa guardada, a armarios, a leve decadencia. Hace mucho que nadie enciende la chimenea del salón, junto al comedor. En la mesa, sin mantel, hay una bandeja con comida. Matías cena solo y lo prefiere. Son los pequeños cambios que va operando Remedios sin consultarle. Y esto también lo prefiere. De algún modo, esa vieja huraña es su aliada y logra que haya un equilibrio. Sin duda, fue ella quien, en alguna de sus ausencias, mandó instalar un cuarto de baño en la planta de arriba, en sus dominios. Y quien colocó visillos en todas las ventanas, que filtran la luz diurna y se mantienen corridos. Antaño, más allá de los árboles y el invernadero, tras el muro que rodea el recinto de la casa, se extendía el campo. En la actualidad asoman bloques de viviendas. Matías se acerca y descorre los visillos. No lo haría de día. Pero de noche la visión le resulta, aunque inquietante, bella: un horizonte de hogares encendidos.

A las diez de la noche, como todos los días, Matías se dirige al dormitorio de su madre. Golpea la puerta y espera a que Remedios apague la televisión, a que diga con voz áspera: «Sara, es tu hijo Matías», a que, por regla general, lo repita y a que desaparezca en la alcoba que desde hace unos años ha convertido en su propio dormitorio y en almacén de sus cosas. Entra cuando no oye ningún ruido.

Sentada en un sillón, su madre sonrío. Sigue sonriendo después de que Matías le diga: «Buenas noches, mamá», y se siente en la butaca que usa Remedios y que es un añadido relativamente reciente en la habitación, al igual que la televisión. En cierto modo, la sonrisa también es una novedad: lo que dura. Cada vez más. No cesa mientras Matías le habla de su trabajo y se demora en anécdotas que, hoy, hasta inventa. A la vez piensa que, por una suerte de regresión a la infancia, la sonrisa de su madre es ya casi fija. Parece un ángel arrugado. Matías no para de hablarle porque teme que se manifieste lo precario que percibe en ella. Mamá sonrío. Pero también se asombra, como si no supiera quién tiene a su lado, como si estuviera perdida, abrigada en una toquilla blanca que da luz a su cabello rubio teñido y a su carita de niña vieja.

—¿Qué tal has pasado el día, mamá?

Todas las noches se lo pregunta antes de despedirse y ella acostumbra a responderle: «Muy bien». Hoy no.

—Hay muchas flores en el invernadero.

Hace años que el invernadero es una ruina. No hay flores. Y menos en enero. Sin embargo, Matías opta por participar en la ficción de su madre. «¡Cómo me alegro!», le dice. Luego, se levanta y le da un beso en la frente. «Hasta mañana», se despide. Y se va hacia su dormitorio, en la planta de arriba. Es una casa un poco oscura. Habría que poner doble vidrio en las ventanas para acallar, particularmente en las horas diurnas, un rumor urbano que la vuelve aún más oscura y triste.

Para Matías es un alivio que Remedios se haya mudado a la planta de abajo. Arriba, en lo que fue su habitación de asistente, en el armario, él guarda ropa que no utiliza. También colocó en su día un mueble con estantes y un archivador para los libros y papeles sin entidad suficiente para estar en el despacho. Hoy es un cuarto en el que ya casi no se puede entrar, dado que nunca tira nada. Y, sobre todo, es un alivio saber que no se topará con Remedios deambulando como un fantasma, con su moño de canas, tan distinta a su madre, sin sonrisa.

Una vez en su dormitorio, Matías enciende el televisor, cuya irrupción, por sorpresa, se produjo cuando ellas mandaron instalarse otro en sus aposentos y suprimir el viejo y común del salón. Sintoniza un canal minoritario con tertulianos de retórica inflamada. Hoy no consigue entretenerle

y lo apaga. Antes de bajar la persiana y meterse en la cama, se toma una tercera pastilla y aún descubre un momento los visillos. Desde allí, más allá de uno de los muros laterales de la casa, atravesando la noche entre los bloques que la acechan y en la dirección de la autopista, ve el halo que exuda la ciudad de Madrid. Acaso la continua sonrisa de su madre no es preocupante. Tampoco lo es mirar por la ventana y saberse impotente para aspirar a cualquier deseo ajeno a sus hábitos. No pasa nada. Así lo piensa al irse a dormir. Así, se dormirá.